

Paganini

y el pacto con el diablo

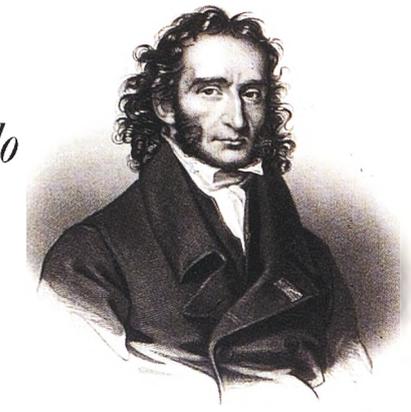
Por Marco Antonio de la Ossa
Musicólogo y Doctor en Bellas Artes

Cuando

Nicoló Paganini (Génova, 1782-Niza, 1840) salía al escenario, la enorme expectación creada por su visita a la ciudad de turno se transformaba en cierto recelo para un sector del público. La imagen de un violinista extremadamente delgado, blanquecino, de larga melena e imagen casi espectral provocaba algunos gestos y miradas de duda.

Pero la dosis de desconfianza inicial que surgía pronto se tornaba en admiración, sorpresa, desconcierto, incredulidad, emoción, admiración, éxtasis. No era posible que un hombre pudiera llegar a alcanzar tales cotas interpretativas con un violín explotado hasta límites insospechados. "Este ha sido el más espectacular de todos los eventos musicales, el más increíble, maravilloso, triunfante, inaudito, singular, extraordinario e incomprendible [...] Venda usted lo que sea, empeñe cualquier cosa y vaya a escuchar a Paganini". Así se refirió el temible crítico François Joseph Fétis (1874-1871) a uno de sus conciertos en París.

Otro aspecto que llamaba la atención era la extraña posición que asumía al tocar su violín con una pierna arqueada y el tronco flexionado, un hecho muy poco habitual. Pero de él extraía un sonido mágico y de



una enorme llegada. Incluso, tras un recital suyo en Inglaterra más de cien personas tuvieron que ser ingresadas en un hospital. El diagnóstico efectuado por los médicos, un enigmático "embujamiento". ¿Cómo era posible algo similar? Por mucho que se trataba de encontrar una respuesta racional, no había justificación natural: debía ser obra de un pacto con el diablo.

Lo cierto es que, atendiendo a los textos, críticas, artículos y referencias que nos han llegado, no exageramos para nada si lo consideramos como el más grande instrumentista en la historia de la humanidad. Su virtuosismo, fama e importancia en su época es innegable, de la misma manera que su enorme influencia en un ingente número de ejecutantes y compositores contemporáneos y posteriores al italiano. Impresionó a los principales artistas, intelectuales y músicos de la época: Víctor Hugo, Heine, Goethe, Ingres, Delacroix, Berlioz, Liszt, Schumann, Chopin...

Personalidad excéntrica y estrella de la música

Analizada desde la lejanía, su repercusión, giras y conciertos parecen acercarse más a las que actualmente se asocian a una estrella internacional del rock que a la de un violinista al uso. Llenos y colas espectaculares ante sus conciertos, comercialización de productos con su imagen (dio nombre a alimentos, tabaco, prendas de ropa, cerillas, anuncios...) y un amplio eco de sus actos tanto personales como profesionales en los diarios de la época así lo subrayan.

A pesar de ser un hombre poco atractivo físicamente, en él encontramos uno de los primeros casos de lo que se ha venido en llamar como la 'erótica del escenario', ya que poseyó una gran capacidad de atracción para el público femenino. Además, al parecer y atendiendo a los testimonios de algunas de sus muchas amantes, su virtuosismo no sólo fue musical, sino que también lo trasladaba a las artes amatorias.

La solución a su supuesto pacto con el diablo se encuentra en cierta medida en el enorme éxito que tuvo el *Fausto* de Goethe (1739-1832), una novela editada en primer lugar en 1808 que fue revisada posteriormente por su autor en 1829. El paralelismo fue rápido, y desde diversos medios se comenzó a especular con que Paganini había contactado con el demonio o, incluso, que el genovés era un posible descendiente suyo. Su pronta marcha de casa, a los 16 años, y el hecho de que jamás había hecho referencia alguna a su familia, ayudaron al crecimiento del mito. También colaboró su conocida afición a la noche, al alcohol y al juego (llegó a apostarse y perder un Stradivarius, también a abrir un casino en París). Incluso, se hizo popular una historia incierta por la que había estado en la cárcel cuatro años tras haber asesinado por celos a una mujer. Tampoco ayudaba a mejorar su imagen su gata negra, *Perséfone*, que le acompañaba a muchos conciertos.

De esta manera, su personalidad excéntrica y una vida agitada y convulsa, como vemos, ayudaron muy pronto a que su leyenda se propagara como la pólvora. Por citar algunas anécdotas, viajaba siempre solo en un carruaje negro tapado con una gran capa. En los ensayos solía cerrar las ventanas y no permitía a nadie que no fuera parte de la orquesta que le acompañaba permanecer en la sala. Incluso, no tocaba ni una sola nota de los solos, quizá receloso de que alguien lo copiase y que le arrebatase la primacía instrumental que por méritos propios tenía.